TEMA NÚM. 1.

DE LA ESPERIENCIA EN MEDICINA.

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

EN EL ACTO SOLEMNE

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

EN LA FACULTAD DE MEDICINA

POR

D. VICENTE DE RIVAS Y MORENATI,

Licenciado en Medicina y Cirujía, por oposicion; ex-Sustituto á la Cátedra de Patología general, Clínica general y Anatomía patológica de la Facultad de Cádiz; primer Ayudante que fué del Cuerpo de Sanidad Militar de la Armada; Caballero dos veces de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, de primera clase de la de Francisco I de Nápoles; condecorado con la Cruz de Distincion de Epidemias; Benemérito de la patria por la campaña de Africa; Miembro corresponsal de las Reales Academias de Medicina de Cádiz y Barcelona, de la Médico-Quirúrgica Matritense, de la de Ciencias exactas y naturales de Sevilla, de la Sociedad Imperial de Medicina de Marsella, de la de Ciencias médicas de Lisboa, y de número de la Económica Gaditana de Amigos del País.



MADRID.
IMPRENTA DE ROJAS Y COMPAÑIA,
Valverde, 16, bajo.
1867.

Multum restat adhuc operis multum que restabit, nec ulli nato post mille sæcula præcludetur ocasio aliquid adjiciendi.

(SÉNECA, Epist. lib. I, epist. LXIV.)

ILMO. SEÑOR:

La medicina, esa ciencia importantísima que se ocupa del estudio de la obra más perfecta y complicada del Criador, nunca llegará, desgraciadamente, al bello ideal de su perfeccion.

Siendo del dominio de sus investigaciones, no solamente la estructura material de nuestros órganos y su composicion elemental, sino hasta la fuerza dinámica ó principio que los anima, se concibe que á cada paso encuentre nuestra limitada inteligencia un obstáculo al parecer insuperable; pero el hombre, no en su orgullo, en el sentido que por muchos se ha supuesto, comparándolo al Prometeo de la fábula, sino orgulloso de poseer ese destello de la Divinidad que tan ventajosamente lo distingue de los demás animales, y alentado por el éxito obtenido en muchos casos, no se arredra, y á cada nueva

decepcion multiplica sus esfuerzos y procura esplicar ese maravilloso conjunto, sus fenómenos y todas las alteraciones que tanto en su estructura como en sus funciones puede presentar. Este indudablemente ha sido el orígen de las teorías; por eso la medicina ha marchado siempre al par de la filosofía; por eso no ha podido evitarse el que participe frecuentemente de sus errores.

Hubo un período, sin embargo, hace veintitres siglos, en que un hombre de génio, de esos que aparecen raras veces sobre la tierra, asombrando á la humanidad con su luminoso esplendor, puso los cimientos sólidos é indestructibles de la ciencia, asentando principios que aun hoy respetamos en sus obras genuinas; y decimos que casi fundó la ciencia, porque hecha abstraccion del período de instinto y del fabuloso de la misma, no merecia el título de tal en el período místico de los diferentes pueblos de la tierra, ni aun en las ya célebres escuelas de Cnido y Cos. Es verdad que la familia de los Asclepiades, en la última de ellas, habia empezado á fijar las bases de la medicina en el estudio particular de los signos esteriores, propios para dar á conocer la marcha de las enfermedades agudas y presagiar una terminacion favorable ó funesta. Pero ¿qué talento tan superior no se necesitaba para escojer ó entresacar de esa masa informe de opiniones populares y de resultados de una observacion exácta, lo que debia conservarse para obtener el verdadero método de describir la historia de las enfermedades, el carácter dominante de las epidemias y la influencia de la posicion de los lugares? ¿Cómo se podria de otra manera ligar la esperiencia del pasado á la que puede pro-

porcionar el ejercicio de la medicina en las diferentes regiones de la tierra? Hipócrates, entregado á sus propias fuerzas, tuvo esta gloria, y por ella nadie podrá negarle el justo título de verdadero padre de la medicina.

Él fué, pues, el fundador de esa escuela basada en la observacion y en la esperiencia, de la que lastimosamente se separaron sus mismos sucesores, olvidando sus sanos principios y reemplazándolos por las sutilezas escolásticas, primero de la escuela dogmática que á su vez fué modificada por la estóica y despues la peripatética, y así sucesivamente. Los progresos incipientes de la anatomía y de la fisiologia, el estudio asíduo de la filosofía de Aristóteles, y la manía interminable de disertar sobre la naturaleza del hombre, sobre las enfermedades y los medicamentos, llamaron la atencion general, y el sábio método de observar y describir las enfermedades con exactitud, llegó á caer por muchos siglos en una especie de olvido. Conociendo ya el mismo Platon este cambio funesto, procuró hacerlo notar en uno de sus diálogos entre Phœdon y Sócrates.

Si en época muy posterior, á principios del décimoquinto siglo, las primeras ediciones de las obras de los médicos griegos debieron producir la restauracion de la medicina de observacion, todavía se retardó aun por más de dos siglos este feliz impulso y se sumerjieron en todas las sutilezas de una erudicion médica sobrecargada; es decir, que sólo se ocuparon de un sin número de comentarios, disputas y controversias, y continuó olvidado el único método para resolver todas las dudas, que es, lo repetimos, la descripcion histórica de las enfermedades,

reprimiendo de este modo los estravíos de una imaginacion desarreglada.

Por fin aparece Tomás Sydenham, que fué el restaurador de la medicina de observacion, y á quien por esto la posteridad honra todavía con el nombre de Hipócrates inglés.

La circunstancia de ocupar el primer lugar entre las proposiciones que la Facultad de medicina ofrece para su eleccion á los aspirantes al doctorado, la que se espresa en esta forma: «*De la esperiencia en medicina*,» indica su importancia; y si la hemos elejido, á pesar de nuestra conocida insuficiencia para tratarla convenientemente, no es con otra idea que la de pagar un tributo á esa misma importancia, y confiados además en la notoria benevolencia de V. S. I.

Partiendo del principio innegable que la *observacion* es la ciencia universal, ó por lo ménos la base fundamental y primitiva de todas las ciencias, la via más segura para acelerar sus progresos y engrandecer sus dominios, puesto que cualquiera teoría, para ser buena, debe ofrecer una espresion rigorosa de hechos bien observados; convencidos, como estamos, de que todos nuestros conocimientos han empezado por observaciones, siendo necesario ver bien antes de raciocinar sobre lo que se vé, no acreditándose estos mismos conocimientos de un modo positivo y sólido, sino por observaciones sucesivas, esponiéndonos á caer en la vaguedad de las hipótesis cuantas veces abandonemos semejante proceder, y sobre

todo, de que una buena observacion es la base de la esperiencia, hemos creido conveniente el recordar las nociones recibidas en la escuela sobre el significado de esta palabra, así como la distincion que existe entre ella y la de *esperimento*, porque el que esperimenta no comprueba la existencia de las leyes de la naturaleza, sino pone en uso un proceder con el que espera llegar á aquel fin. Zimmermann dijo muy bien que el observador lee en la naturaleza y el esperimentador la interroga, y que tampoco es lo mismo observacion que *esperiencia*, siendo esta una consecuencia de aquella; es decir, que no llegaremos á adquirir esperiencia sobre un objeto hasta despues de haberlo observado bien y por más ó ménos tiempo.

Por medio de los sentidos adquirimos nuestros conocimientos. Nuestra alma compara, dispone las ideas que ha recibido por su conducto, forma ideas compuestas y saca las deducciones ó forma los principios.

Si los objetos que se someten á nuestro exámen son sencillos por su naturaleza, la operacion es fácil y ménos probable el error, como acontece en las matemáticas; pero si, por el contrario, los objetos que examinamos son de tan difícil percepcion como en la medicina, solamente la filosofía, que es el arte de dirijir la razon, puede guiar nuestros juicios y hacer fructífera la observacion.

El considerar la esperiencia en general como simple producto de los sentidos, ó sea el conocimiento que se adquiere de una cosa por la sola intuicion reiterada del mismo objeto, nos llevaría á admitir que un anciano enfermero vale tanto como un buen médico. Si la edad nos

ofrece ocasion de estender nuestros conocimientos, no basta por sí sola para proporcionarlos.

Zimmermann reflexiona juiciosamente sobre lo que él llama *falsa esperiencia*, á la que considera como una ciega rutina, ó más bien un estrecho círculo de ciertos actos habituales, y una repeticion automática de algunas máximas generales que se depositan únicamente en la memoria, sin ningun fruto para los progresos de la ciencia.

Un empírico, añade, es un hombre que, sin tener en cuenta las operaciones de la naturaleza, los signos, las causas de las enfermedades, los métodos sucesivamente perfeccionados por la observacion, administra los medicamentos al azar, ó los distribuye sin fijarse en las variedades individuales. Pero es mucho más fácil, en general, el indicar los escollos que deben evitarse, que el trazar con precision el camino que debe seguirse. Zimmermann, además, no podia en su época haber utilizado el ejemplo que posteriormente las demás ciencias físicas han dado á la medicina, en particular para la distribucion de objetos análogos y determinacion de sus verdaderos caractéres; y sin estos agrupamientos naturales, es difícil enlazar con nuestra propia esperiencia la que otros hayan adquirido anteriormente.

La verdadera esperiencia depende mucho de la aptitud del que trata de adquirirla. Para ello no basta saber leer en las obras de los que han abierto el seno de la naturaleza, sino hallarse uno mismo en estado de poder penetrar estos misterios.

Se necesita una erudicion, que además de consistir en el conocimiento de lo que los demás médicos han ob-

servado y esperimentado, tocante al arte de preservar el cuerpo humano de las enfermedades á que se halla espuesto, conocerlas y curarlas ó al menos hacerlas soportables, sea estensiva á la mayor parte de las ciencias, especialmente á las llamadas con bastante propiedad auxiliares, porque todas ellas pagan un frecuente tributo á la medicina.

Existen aun algunas preocupaciones contra la erudicion, y no es todavía difícil el oir esclamar, refiriéndose á un profesor de conocido mérito: «Muy buen teórico, »conoce y juzga bien cuanto se ha escrito en medicina; »pero no vale gran cosa en la práctica.» ¡Como si las enfermedades agudas descritas por Hipócrates no tuvieran hoy en todos los países de Europa los mismos síntomas, signos y terminaciones que él describió! ¿No observaron y describieron las mismas enfermedades Sydenham, Grant y otros?

El mismo Hipócrates poseia una sólida erudicion, y decia que el médico debe saber todo lo que se ha sabido antes de él, si no quiere engañarse y engañar despues á los demás; que debe unirse el raciocinio á la esperiencia; y como prueba de lo útil que es la filosofía á la medicina añadió: *Medicus enim philosophus est Deo æqualis.*

No olvidemos tampoco el sentido en que debe tomarse la palabra erudicion; porque el médico más erudito puede ser muy inútil si no ha aprendido á juzgar bien, y solamente ha leido para adornar su memoria. Platon y Aristóteles decian: «La verdadera ciencia consiste, más bien que en saber y adoptar lo que otros han sabido, en juzgar por sí mismos.»

La esperiencia de los demás no nos dará las reglas para nuestra conducta, si no sabemos apreciar las razones que ellos han tenido para obrar así. Con mucha frecuencia no nos dicen más que lo que ellos han hecho; pero entónces debemos preguntarnos lo que hubiéramos hecho en un caso semejante. Saber hacerse esta pregunta, con conocimiento de causa, es haber aprendido bastante; pero se necesita más: encontrar la respuesta.

Es indispensable igualmente lo que se ha llamado espíritu de observacion, que es el hábito de ver cada objeto tal cual es, y conocer lo útil que puede haber en él. Sin esta aptitud no hay verdadera observacion, porque consistiendo la habilidad de observar en la pronta concepcion de las relaciones que existen entre las cosas y los signos que nos indican su órden y combinacion, en esa operacion de nuestro entendimiento, casi sin tener conciencia de ello, enlazamos estas verdades individuales, despues de haberlas comparado.

Si impresionados nuestros sentidos, la inteligencia permaneciese en inaccion, sus percepciones serían inútiles, y de aquí la necesidad de la atencion, que indudablemente se perfecciona por la costumbre de observar. Satisfecha nuestra curiosidad científica por sus descubrimientos precedentes, se hace cada vez más ávida, cuanto más estiende sus conocimientos, y se fija con tanto más gusto sobre un objeto, cuando ha conocido ya de él lo más interesante. La ciencia es, pues, la llave con que el médico penetra en el interior de la naturaleza.

Si Hoffman dijo «que el abandonar lo que presentan los sentidos para entregarse á puros razonamientos es

una estupidez, una ceguedad del espíritu,» y Zimmermann «que la teoría, tan despreciada del vulgo y tan frecuentemente atacada por los semi-sábios, si está fundada en la observacion de los hechos con sano criterio, triunfará en mil ocasiones de la ciega práctica,» ambos tenian razon, porque no debe admitirse ningun raciocinio que se separe de las manifestaciones de la naturaleza, y aun es necesario en las observaciones, que una hipótesis esté más fundada en las determinaciones actuales y en las condiciones particulares, que en las leyes generales de nuestra organizacion; de otra manera es casi imposible evitar el error.

Cuando Platon aconsejaba á los ignorantes que se instruyeran y razonáran, no quiso por cierto que estos raciocinios fueran la ley de la observacion: despues de determinados los objetos, es cuando permite al médico raciocinar para establecer un método curativo; porque, segun decia, «cada enfermedad debe tratarse segun sus determinaciones propias y particulares.»

Es absurdo el exijir á la medicina un grado de certeza de que carecen las demás ciencias, escepto las matemáticas. Son muchos los obstáculos que se oponen á una buena observacion.

Debemos emprenderla desprovistos de toda preocupacion, así como de toda pasion, tanto por nuestra parte como por la de otro, porque el hombre dominado por una prevencion cualquiera, no vé más que lo que quiere ver ó lo que otros quieren que vea; siendo aun más temible la pasion por estar basada en un ciego amor propio.

Habiendo nacido la medicina de la observacion, para que la esperiencia sea una verdad, tambien deben serlo

las observaciones que la producen. Por ellas se pasa de lo particular á lo general, de lo que impresiona nuestros sentidos á lo desconocido. Las observaciones son, pues, el fundamento de nuestros juicios; si los datos que ellas suministran son exáctos, éstos serán rectos.

Deben hacerse con la mayor exactitud. Esta exactitud consiste principalmente en el cuidado de anotar las circunstancias que parecen más insignificantes, y que sin embargo suelen tener una influencia considerable en el todo.

Se necesitan paciencia y prudencia para hacer buenas observaciones. La impaciencia nos priva de la confianza que pudiéramos tener en nuestras propias fuerzas, y se opone á nuestros esfuerzos. La prudencia aleja la impostura, previene la ilusion de los sentidos, de la imaginacion y los espíritus de sistemas.

Las buenas observaciones han de ser repetidas. Una observacion comprobada, vale más que una nueva observacion, porque nos conduce mejor á la verdad.

En su relato habrá sinceridad; deben espresar terminantemente lo que el médico ha visto y cómo lo ha visto, á fin de que los que vengan despues de él puedan ver lo mismo ó correjir aquello en que haya faltado. La mayor parte de los observadores tienen la costumbre de descubrir el lado afirmativo de las cosas y ocultar el negativo; desconocen que sería más noble el confesar sus faltas, cuando esta confesion puede contribuir á que otros las eviten.

Tampoco la rareza constituye las buenas observaciones. El médico que establece por buenas observaciones la

curacion de las enfermedades más comunes, es mucho más útil á la sociedad, que el que se dedica á estudiar las ménos frecuentes; estimables, es verdad, para una coleccion académica, pero de ménos uso en la práctica.

No deben mezclarse los razonamientos en las buenas observaciones, limitándose á describir los fenómenos que se presenten en la naturaleza, tal como se les vé y no tal como se les juzga. Nadie dejará de ver un calor elevado en el período de intensidad de la fiebre; pero Galeno lo esplica por la bilis, la escuela iatroquímica por la abundancia de azufre, y Vanhelmont por el furor del arqueo. La manía de mezclar nuestros juicios en las observaciones, es la causa de que cada verdad que nos enseña un gran génio esté como anegada en cien falsos juicios.

De ninguna manera debe descuidarse la propiedad de las voces y la buena diccion en el relato de las observaciones, porque la descripcion es á la enfermedad lo que un retrato á su original. Es menester pintar al enfermo con todos los sufrimientos, con sus mismos gestos, su misma actitud, sus mismos términos y sus quejas ó lamentos. Nada de adornos, porque entónces disfrazaremos la naturaleza.

Las observaciones son generales ó particulares, segun que se ocupan de un caso individual ó en lo que presentan de semejante muchas personas. Las primeras nos darán las historias particulares de las enfermedades y las segundas las generales. Sydenham era más partidario de estas, y Freind de aquellas; y á pesar de las razones aducidas por uno y otro en favor de su opinion, ambas

son utilísimas é importantes para el adelanto de la ciencia.

Es una opinion muy general que el médico que vé diariamente mayor número de enfermos tiene más esperiencia, y esta suposicion es aventurada. Por el contrario, de varios médicos, con igual grado de ilustracion y de buenas dotes, el que vea más número de enfermos tendrá ménos tiempo para pensar en ellos. Estos objetos le impresionan rápidamente; pasan estas impresiones sin fijarse para ser reemplazadas por otras.

Los mismos inconvenientes presenta la práctica de los grandes hospitales.

No debemos olvidar que Hipócrates ejerció siempre en pequeñas poblaciones, que segun dice Galeno, la mayor de ellas contenia ménos habitantes que un barrio de Roma.

El tantas veces citado Zimmermann dice sobre este asunto: «Cuando yo veia un enfermo, al principio de mi »práctica, escribia en un diario, á la primera visita, todo »lo que habia visto, lo que el enfermo me decia de sus »padecimientos anteriores, y de todas sus circunstancias, »así como lo que yo mismo podia descubrir; procuraba »reunir estos datos á la enfermedad actual y anotaba el »juicio más reflexivo que habia podido formar. Fijaba »despues las indicaciones curativas y los medicamentos »que acababa de prescribirle. A la segunda visita, escri»bia las circunstancias ulteriores de su enfermedad actual, »aumentando así la historia de la enfermedad con los de»talles más exáctos, haciendo constar los cambios que los »medios curativos empleados habian producido; en fin, si »yo habia obrado bien ó mal, segun el éxito obtenido, y

»de qué manera el enfermo y los asistentes habian juzga-»do mi conducta.»

«Todas las visitas continuaba este mismo trabajo, y »ya muriese el enfermo ó se curase, examinaba con la »mayor atencion las circunstancias de la enfermedad, la »naturaleza de los remedios, su aplicacion y las causas »de mi suerte ó mi desgracia. De este exámen deducia »las reglas que deberian guiarme en lo sucesivo.»

«El conjunto de estas observaciones llegó á probarme »que por ellas se resuelven todas las dudas, siempre que »se vuelva á ver una enfermedad que habia sido así de-»tallada. Las circunstancias varían, pero el todo no »cambia. Boerhaave afirma que jamás vió enfermos al »empezar su práctica sin escribir todas las circunstancias »y todos los signos de la enfermedad, en el órden en que »se presentaban, y que es increible la utilidad que le habia »reportado esta conducta. Si haceis otro tanto, decia á »sus discípulos, apenas hayais conocido cuatro ó cinco »enfermedades de una misma clase, las volvereis á cono-»cer fácilmente el resto de vuestra vida.»

Al pasar de la observacion á la esperiencia, aun cuando nos espongamos á alguna repeticion, procuraremos esplanar algo las importantes ideas emitidas, ocupándonos primero de la esperiencia en medicina, considerada de una manera *general*, y despues de la *particular*.

Cualquiera enfermo que un médico hábil está encargado de dirijir, le ofrece un problema más ó ménos complicado para resolver, y cuya dificultad concebirá tanto más cuanto mayor instruccion posea. Para conseguir el objeto que se propone, empezará por observar con método,

tratando de determinar sus síntomas característicos, por comparacion con las mismas enfermedades anteriormente observadas por él y por otros; entónces prevé su marcha, duracion y terminaciones más frecuentes. Tambien se le indica el modo general de dirijir su tratamiento; pero modificará éste segun las variedades individuales de la causa, edad, constitucion, género de vida, etc. Así es que, lo repetimos, un médico tendrá más esperiencia sobre una ó muchas enfermedades, cuando posea un juicio más recto, una instruccion más sólida, y cuando haya tenido ocasion de observarlas frecuentemente por sí mismo bajo formas variadas.

Nada es más á propósito para hacer vacilante, ó más bien nula, la esperiencia en medicina, que el uso empírico de esas fórmulas largas y complicadas de medicamentos, introducidas por los médicos árabes, descuidando la base fundamental de la verdadera ciencia médica, que consiste en la descripcion gráfica del curso y terminacion de las enfermedades. Los siglos de ignorancia favorecieron esta falsa direccion de los estudios y de la práctica de la medicina. Sin embargo, algunos hombres pensadores, tales como Forestus en el siglo décimosesto, contrabalancearon en parte este inconveniente, formándose en los verdaderos modelos de la medicina antigua, y prestaron una atencion particular al método descriptivo de los síntomas de las enfermedades; pero ¿estas historias individuales, colocadas unas despues de otras en una especie de aislamiento, podian ilustrarse mútuamente y formar un cuadro vasto y regular? ¿Se podria percibir en ellas lo que las enfermedades análogas ofreciesen de comun y

distintivo, dejando ideas precisas, fijas y durables en la memoria? Esto no era otra cosa que un estado de infancia de la esperiencia en medicina, considerada en todo el rigor de la palabra.

Sydenham fué uno de los primeros que conoció esta verdad, y debe inspirarnos veneracion su memoria por haber indicado, hace mucho más de un siglo, la marcha más segura para adquirir una esperiencia sólida y capaz de producir nuevos progresos. Dá en sus escritos el sábio precepto de empezar por habituarse á escribir historias claras y precisas de las enfermedades, llevarlas á géneros y especies particulares guiados por los síntomas esenciales: propone confirmar despues el modo de tratamiento por observaciones exáctas. Desde entónces los médicos más distinguidos se dedicaron sobre todo á describir con cuidado la marcha de las enfermedades, y multiplicándose sin cesar los hechos particulares en todos los países, hicieron necesarias clasificaciones metódicas que abrazáran este vasto conjunto, uniendo al mismo tiempo el presente al pasado.

El talento superior de Baglivio y la profundidad de sus ideas, con respecto á la práctica de la medicina, nunca se han puesto tan de manifiesto como en el juicio que forma de los principios fundamentales de la medicina griega, y en el modo como los desenvolvió por aplicaciones particulares.

No hay duda que la medicina se ha perfeccionado mucho, despues de publicada la obra de Baglivio, con el resultado de una multitud de bellas observaciones sobre un gran número de enfermedades, aplicándose además á

esta ciencia los grandes adelantos de las ciencias auxiliares. En fin, el órden y el método adoptado en las demás ciencias, se introdujo en medicina y ha ejercido en sus adelantos una feliz influencia. En su consecuencia el ilustre J. Franck, utilizando estas ventajas, colocó á bastante altura el estandarte de la importancia de la observacion en medicina, que Hipócrates levantára y que Sydenham y Baglivio habian sostenido con tanto esplendor.

Para no fatigar por más tiempo la atencion de V. S. I. concluiremos con algunas palabras sobre el modo de practicar un ensayo, ó una série de ensayos ó pruebas para comprobar la eficácia de un medicamento ó de un método preciso de tratamiento en una enfermedad determinada, que es lo que constituye la esperiencia particular en medicina.

Importa que empecemos por determinar con cuidado el carácter distintivo de la enfermedad objeto del ensayo, y llevarla á una clasificacion metódica para que se pueda conocer la marcha más ordinaria de las enfermedades de este género, sus terminaciones ó bien sus cambios y variadas trasformaciones, siempre que alguna grave negligencia ó imprudente maniobra no venga á turbarla.

La marcha de una enfermedad puede ser regular si está secundada poderosamente por la influencia favorable de todos los objetos de salubridad internos y esternos: un aire puro y de cierta temperatura, una alternativa de movimiento y quietud adecuada al carácter y á los períodos de la enfermedad, la eleccion variada de alimentos sanos, más ó ménos nutritivos, un sueño tranquilo, y en

fin, el afecto dulce y consolador de los que nos rodean. ¿Una situacion física y moral, opuesta en todo ó en parte á la que acabamos de describir, no debe traer desarreglos más ó ménos graves en los recursos de la naturaleza, y variar enteramente los efectos de un medicamento que se quiere ensayar ó de un método particular que se somete á la prueba?

Todas estas consideraciones deben, pues, entrar en el plan de una esperiencia particular que se intente, si queremos que sea una verdad y no esponernos á atribuir á una causa lo que es resultado de circunstancias que pueden serle enteramente estrañas.

Influirán igualmente: la eleccion de la sustancia medicamentosa, su dósis, su repeticion más ó ménos frecuente, las reglas para su administracion, sus proporciones, segun la edad, sexo, temperamento, causa productora de la enfermedad y estacion del año. Si se trata de un método de tratamiento continuado por más ó ménos tiempo ó que haya de seguirse y suspenderse varias veces, ¡cuánto cuidado no se necesita para evitar una equivocacion ó un motivo de incertidumbre!

Este método, por el que nos proponemos que estén acordes esperiencias, intentadas en diversos tiempos y en diferentes lugares, será más sencillo cuando la sustancia, cuyas ventajas se quieren probar, posea cualidades específicas y adaptadas á la naturaleza de la enfermedad. Así es, por ejemplo, como Dehorne comprobó que el mercurio, usado al interior ó al esterior y bajo formas simples ó complicadas, puede curar con una grandísima probabilidad las enfermedades sifilíticas.

Igualmente por esperiencias variadas hechas en los hospitales se probó que el azufre, ya prescrito en sustancia al interior ó bien bajo la forma de fumigaciones sulfúricas y de baños sulfurosos, podia curar la sarna y aun otras enfermedades cutáneas. El Dr. Alston siguió tambien un método muy directo para esclarecer, con observaciones particulares, los efectos narcóticos producidos por el ópio. Tambien se pueden citar como ejemplos notables de las mismas pruebas las observaciones hechas en Viena por el profesor Stork (*De cicutæ efficacia, de colchico in hydrope, de aconito et hyoscyamo, etc.*); pero lo que verdaderamente constituye el mérito de esta clase de esperiencia y que manifiesta un talento observador, es esa marcha severa y enteramente estraña á toda prevencion y esa sagacidad rara para coordinar los hechos entre sí y no sacar de ellos sino inducciones directas y precisas, ya para comprobar la eficacia de ciertas sustancias, ya para dar á conocer las que son perjudiciales y aun venenosas. ¿Quién podrá desconocer estas cualidades en nuestro compatriota el Dr. Orfila al leer su *Traité des poisons*?

Al terminar nuestro trabajo, deseamos dejar consignado de una manera terminante, que aun cuando somos partidarios de la observacion, debe entenderse de la observacion filosófica razonada y nó de la empírica ó rutinaria.

Y ¿cómo podria ser de otra manera despues de las poderosas razones expuestas hace más de veinte años por un ilustrado profesor de esta escuela, con esa envidiable fluidez y elegancia y esa fuerza de lógica irresistible que caracterizan sus escritos? Ellas contribuyeron poderosa-

mente á fijar nuestras ideas en filosofía médica y un grande esfuerzo nos cuesta el resistir al deseo de recordar aquí, en apoyo de nuestras opiniones, algunos trozos de aquella série de brillantes artículos; pero ni los reducidos límites de este trabajo lo permiten, ni sería fácil su eleccion en aquel bello conjunto (1).

Nacidos además en la patria de los Vallés, Laguna, Solano de Luque y Piquer, educados en la escuela que hace ciento diez y nueve años fundára el inolvidable Virgili, donde se han conservado como un depósito sagrado las doctrinas del oráculo de Cos, doctrinas que formaron los Salvarresa, Lubet, Mutis, Gimbernart, Navas, Villaverde, Aréjula, Laso, Flores y Amelleres, y habiendo tenido la dicha de recibir las lecciones de un García Arboleya y otros varones ilustres de la misma, no es estraño que deduzcamos como corolario de la importancia de la observacion filosófica, la esperiencia razonada, la que á su vez nos lleva necesariamente, en el estado actual de la medicina, en la divergencia de los sistemas que la combaten, á *la doctrina vitalista secular hipocrática, modificada por los adelantos científicos.*

Reasumiremos, procurando desembrollar de este caos que ha ocupado vuestra ilustrada atencion, las proposiciones siguientes:

1.ª Que la esperiencia en medicina es la única via de adelanto en nuestra difícil ciencia, pues siempre que los

---

(1) *La Facultad*, periódico de ciencias médicas.—1845.

médicos se han separado de la observacion para entrar, de una manera esclusiva, en el campo de las hipótesis, la han hecho retroceder visiblemente.

2.ª Que léjos de escluir las teorías y los sistemas del estudio de esta ciencia, los creemos indispensables si no hemos de caer en el más ciego empirismo.

3.ª Que como prueba de lo dicho, la historia nos enseña que en todos tiempos la medicina ha marchado al par de la filosofía reinante, iluminada unas veces por su refulgente antorcha y participando otras de sus elucubraciones y groseros errores.

4.ª y última. Que á consecuencia de todo lo expuesto debemos considerar la medicina como una ciencia esperimental, cuyos progresos han de guardar armonía con la estricta observancia de las reglas del método inductivo, y por consiguiente, no admitir las hipótesis que no estén sancionadas por la observacion de los hechos.—He dicho.

VICENTE DE RIVAS.

Madrid 24 de Junio de 1867.
